

“Estoy muy orgulloso de la decisión que tomamos, no podíamos convertirnos en lo que nosotros despreciábamos y anotarnos como censores”.



Así resume Álvaro Godoy lo que pasó entre agosto y septiembre de 1981 en la redacción de la mítica revista “La Bicicleta”, uno de los escasos medios escritos que durante la dictadura daba cuenta de lo que pasaba en el perseguido mundo cultural juvenil.

Godoy era subdirector de la publicación que durante su tercer año de edición se animó a organizar un concurso literario.

Grande sería la sorpresa al confirmarse que el cuento ganador estaba escrito por Mariana Callejas, esposa de Michael Townley, implicados ambos en los asesinatos del ex canciller del gobierno de Salvador Allende, Orlando Letelier, en pleno corazón de Washington; y del ex comandante en jefe del Ejército durante la Unidad Popular, el general Carlos Prats, en el barrio de Palermo en Buenos Aires.

Callejas y Townley eran a la sazón una destacada pareja de agentes de Dirección de Inteligencia Nacional (Dina), la policía secreta de la dictadura durante sus primeros años.



La elección del cuento ganador en [“La Bicicleta”](#) había sido tomada desde un estricto punto de vista literario por un jurado compuesto, entre otros, por Jorge Edwards, Marco Antonio de la Parra y Martín Cerda.

Como siempre en este tipo de concursos, los participantes enviaban pseudónimos y las identidades verdaderas sólo se conocían en el caso de que obtuvieran algún premio.

Por unanimidad el grupo de expertos coincidió en que el relato “Jess Abraham Jones” se hacía merecedor del premio. Jamás se pensó la gran sorpresa que traería la apertura del sobre con el nombre verdadero.

“La situación nos remeció”, recuerda Eduardo Yentzen, director de la revista. En el largo debate suscitado se impuso una moción que tuvo características de resignación: el concurso premiaba una obra y no a una persona.

“Dimos a conocer el resultado y publicamos el cuento ganador. Sustentamos nuestra decisión en un respeto irrestricto a la legalidad del concurso, lo que a la distancia lo puedo ver como una necesidad de diferenciarse moralmente a ultranza de la dictadura y sus atropellos, discriminaciones y exclusiones”, cuenta Yentzen.



Y es que Mariana Callejas -muerta este miércoles 10 de agosto, solitaria en un hogar para ancianos, a los 84 años- fue un personaje literario por donde se le mirara.

Se trata de una joven de militancia política derechista, pero intelectualmente inquieta. Incluso con un pasado en el que simpatizó con causas de izquierda. Quizás por lo mismo, cultiva nexos con jóvenes literatos de todas las tendencias.

A la par, se enamora de un joven estadounidense llamado Michael Townley quien se viene a Chile a cumplir con un trabajo bastante crudo: agente de la Dina.

Para el año 1981, Townley ya tiene un nutrido prontuario de deleznales encargos del organismo dirigido por Manuel Contreras, siendo los más destacados los asesinatos con bombas ya citados, pero también alcanza protagonismo como un hábil constructor de aparatos electrónicos de espionaje y en la elaboración de explosivos.

A pesar de todo eso, que en muchos círculos sociales al menos ya se sospechaba, Callejas nunca cortó los nexos con el ambiente intelectual. Participó, incluso, en talleres como los que impartía el escritor Enrique Lafourcade.



Pero la práctica más freak que llevaba a cabo eran sus tertulias en una gran casona ubicada en Lo Curro, a esas alturas de la historia, casi a las afueras de Santiago, en un acomodado sector oriente capitalino.

A esos eventos le gustaba invitar a inquietos jóvenes del ambiente cultural que -en medio de una intensa dictadura- resistían con su arte en sus universidades, lugares de trabajo o en sus barrios. El lugar era, a la vez, cuartel de una brigada de la Dina.

Los encuentros literarios implicaron muchos capítulos misteriosos y sorprendentes en plenos años de persecuciones y detenciones.

El escritor chileno Roberto Bolaño recrea lo que se enteró el año 1999, cuando vuelve a Chile después de casi medio siglo, en un polémico artículo publicado en la revista española “Ajoblanco”, durante el mes de marzo de ese año.

La crónica se llama “El pasillo sin salida aparente” y en la parte final apunta sobre las [tertulias en el hogar de los Townley-Callejas](#).

Un hallazgo ingrato

En esas noches de toque de queda, la concurrencia divaga sobre la inmortalidad de las letras, en medio de tragos y música, mientras la carga eléctrica del hogar baja en ocasiones. El marido de la dueña de casa, en tanto, cumple raras labores en los sótanos del inmueble.

Uno de los concurrentes, algo pasado de copas, comienza una búsqueda frenética y desordenada por el baño. Aparentemente se equivoca de puerta, baja por unos escalones oscuros, camina por un pasillo desconocido y su periplo es detenido por un bulto extraño tirado en el suelo, de inconfundible apariencia humana y que emite sonidos como gemidos.

El joven (o la joven) recupera la lucidez perdida por la algarabía del piso de arriba. No se acuerda ya de su necesidad fisiológica. Vuelve a la fiesta asustado/a y confundido/a. Acaba de hacer un hallazgo que nunca debió descubrir.



“Seguramente la mayoría de quienes asistieron a esas veladas de la cursilería cultural post-golpe podrán recordar las molestias por los tiritones del voltaje que hacía pestañear las lámparas y la música interrumpiendo el baile. Seguramente nunca supieron de otro baile paralelo, donde la contorsión de la picana tensaba en arco voltaico la corva torturada”, escribe Bolaño en el citado artículo.

Y concluye: “En cualquier caso los escritores se van. Pero a la próxima fiesta vuelven. Incluso ella, la anfitriona, gana un concurso de cuentos en la única revista literaria que por aquellos años funciona, una revista de izquierdas. Y así se va construyendo la literatura de cada país”.

Bibliografía inconclusa

Si pudo acceder a distinciones literarias provenientes de sectores tan disímiles como El Mercurio y “La Bicicleta”, obteniendo en ambos el primer lugar, ¿es posible pensar que Mariana Callejas fuera una escritora con talento?

Del grupo de jóvenes intelectuales que participaba en sus tertulias -entre quienes destacan los reconocidos escritores Gonzalo Contreras y Carlos Franz, quienes luego se han manifestado engañados por la ex agente de la Dina- hay uno que siempre la ha defendido: Carlos Iturra.

El talentoso escritor de la generación de los 80, y tal vez el único de esa época que no se identifica como “de izquierda” o de “oposición” a la dictadura, ha señalado que Mariana Callejas “es una gran escritora”.

En una entrevista en La Tercera publicada el año 2012 señala que “guardaría a salvo sus textos, ya que después de muerta será leída con avidez”.

Incluso quienes han renegado de ella, le reconocen una buena pluma. Carlos Franz anota en una conversación con El Mercurio que Callejas “escribía muy buenos cuentos”, pero que con la experiencia de conocerla “aprendí de golpe, y antes de los veinte años, que la realidad no es literal y las personas no son lo que parecen”.



Gonzalo Contreras, en tanto, ha comentado a The Clinic que Callejas “todas las clases tenía un texto, mientras que a mí sacar un cuento me tomaba dos meses. Yo la respeté mucho al principio porque el

cuento “¿Conoce usted a Bobby Ackermann?” con el que ganó en El Mercurio lo recuerdo como bastante bueno”.

“Fíjate que no eran nada de malos esos cuentos. Me gustaron. Varios de ellos transcurrían en Nueva York y eran de una ternura infinita”, le dice el escritor y editor Germán Marín al periodista Cristóbal Peña de Ciper, al comentar la experiencia de recibir una selección de relatos de Callejas y que la editorial en la que trabajaba decidió, luego de un arduo debate, no publicar.

El mismo año en que gana el concurso de “La Bicicleta”, Mariana Callejas publica su primera selección de relatos llamada “Larga noche”. En él aparecen cuentos como el que le da título a la publicación, en el que se relata con vívida intensidad una sesión de tortura, y “Parque pequeño y alegre” en el que se apunta cómo un grupo pseudo-policial arma un artefacto explosivo para darle “una clara lección a los enemigos”.

En 1985 publica “El ángel de los rincones”, una inspiración de corte costumbrista que no muestra el mismo vuelo de sus relatos más acotados.

“New York, New York”, en tanto, fue un libro fallido. En él se incluían textos nacidos al amparo de su estancia en la ciudad de la manzana, entre los que se encontraban los relatos ganadores en El Mercurio y en “La Bicicleta”. Nunca las editoriales quisieron publicarlo.



Al periodista Cristóbal Peña la ex agente le confiesa: “Es tan triste escribir y que no te lo publique nadie. Y por razones ajenas a la literatura. Que tú sabes que está bien escrito, que está mejor que muchos otros que andan por ahí dándose vueltas, entonces yo trato de no hacerme mala sangre. Pero no me dan ganas de escribir”.

Callejas comenta que le ha pedido a Carlos Iturra que si ella muere, que queme todos los cuadernos en los que ha escrito sus relatos. “Que no me haga el chiste de Max Brod”, subraya, aludiendo al amigo de Franz

Kafka que no hizo caso a una solicitud similar del escritor checo.

Precisamente, es gracias a Brod que fue posible conocer la intensa obra kafkiana. ¿Habrá alguien que haga ese mismo papel en el caso de la ex agente de la Dina?

Por lo menos a su favor queda para la historia que un grupo de jóvenes de izquierda optaron -en plena dictadura- por no caer en un juego censor, respetando la legalidad de un simple concurso literario para convertirlo en un acto ético.

Lee aquí el cuento ganador JessAbrahamJones

(* Si bien Mariana Callejas es condenada a veinte años de cárcel por los tribunales de justicia en 2008 debido a las acciones cometidas en el crimen del general Prats en Buenos Aires, el año 2010 la Corte Suprema invalida la condena y le da sólo cinco años, beneficiándola -en la práctica- con la libertad.